



Campanillas

por J. de ABAROAS

Aquello era echarle, sin saberlo, fantasía a una cosa tan vulgar como el repique de una campanilla; era ponerle bordados a la tela. Cuando más tarde hube de apechugar con el estudio de los estilos, caí en la cuenta que el toque de campanilla de los monaguillos de Rentería, era el barroco hecho sonido pero sin recargo de adornos, sin los excesos de la decadencia.

Para mí, de crío, aquellos repiques eran maravillosos. Más que marino, soldado o «tranviero» me hubiera gustado ser monaguillo y tocar la campana de aquel modo.

En el transcurso del tiempo, una vez —sin que me hubiera olvidado y dejado de admirar el campanilleo renteriano—, me encontré un día, de buenas a primeras, con una campanilla entre las manos y ayudando a misa. Yo, ingenuo, cuando llegó el momento supremo de la Consagración, quise rematarlo con unos campanillazos como los de mi pueblo, entonces lejano. Los sonidos que amasaron mis manos, sin complicidad por parte de la campanilla, fueron tan extraños que me asusté, por cuanto no se parecían, ni por asomo, a los que quise sacar.

Entonces fue cuando me di cuenta de lo difícil que era tocar la campanilla con el repiqueteo que recordaba. Comprendí que había que echarle mucho arte, tener muchas horas de vuelo en la materia y poseer una muñeca más ágil que para hacer un cambio de trastos ante unos pitones que acaban de pasar rasgando casi la faja del solitario maestro en el ruedo.

Pero no está ahí la pena. Hace poco tiempo pasé unas horas en Avila. Al poco de llegar, con la mañana fresca y transparente, me dirigí hacia una iglesia para oír misa.

Por el camino iba pensando en Santa Teresa y en Don Ramiro, no menos real por ser figurado. Me imaginé a la santa rezando en el claustro de su convento, en mañanuas tersas como aquella de mayo. Me imaginé a Don Ramiro escuchando el rozar del viento en las enramadas desde su castillo adusto, en aquellos días que le daba por ser piadoso, interrumpiendo su vida libertina o en aquellos libertinos interrumpidos por los piadosos.

Pasé por el barrio judío en donde se habían resuelto los amores de Don Ramiro, en medio de aquella judería revuelta y abigarrada, sucia y profundamente espiritual, en la que los pensamientos de los viejos —amasados en el Talmud y defendidos por la Thora—, eran velados por los negros bonetes y sahumados por el incienso.

Por fin encontré una iglesia de la que todavía ignoro su nombre. Al entrar noté el peso de la serenidad y la grandeza de Castilla que inundaba el templo románico de fe profunda y robusta.

Pensando en todo esto, de repente me sorprendió el repiqueteo de una campana seguido de otros más cortos y terminado en uno más fuerte. Me sobresalté, miré al monaguillo esperando encontrar una cara conocida. Entonces fue cuando me di cuenta. Al volverlo a oír recordé, que en Rentería, desde hacía algunos años a esta parte ya no se tocaba así la campanilla. Me di cuenta que con las nuevas generaciones de monaguillos se había perdido, sin notarlo nadie, aquella manera tan peculiar de agitar la campana.

Y verdaderamente es una pena. Es una de esas costumbres que se van olvidando y que aunque pequeñas ayudan, más que las grandes, a hacer agradable la vida.

Raras son las costumbres que no cambian a través de los siglos. Por lo general, desaparecen, creándose otras nuevas o cambian fundamentalmente. Y así como, en ocasiones, el abandono de unas y el hallazgo de nuevas supone un avance cultural, otras veces, la pérdida de viejas no supone, aparentemente, nada, dándonos así sólo derecho al recuerdo.

Sin embargo, a poca sensibilidad que se tenga se nota el cambio en esta clase de costumbres intrascendentes, muchas veces con pesar, y ello por mil motivos.

Y vale como prólogo.

Los monaguillos de la Parroquia de Rentería —al menos desde que recuerdo—, han tocado la campanilla en las misas de una manera admirable y muy particular.

Se creerá que tocar la campanilla es cosa fácil. Nada más equivocado que pensar así. Como con todo, el hacer mal una cosa es fácil, pero el hacerla bien, sólo está reservado a los que la comprenden, la dominan y le echan su arte.

Y con la campanilla pasa esto. Yo veía y oía en las interminables Misas Mayores, tocar la campanilla de un modo inigualado. Se oía el repique principal seguido de una serie de repiques menores que terminaban en uno más fuerte que los anteriores, pero, a su vez, más débil que el primero.